

EL MUSEO DESLUMBRANTE

Escribe: FERNANDO ARBELAEZ

La atmósfera del aeropuerto gira como un antorcha del pleno verano aun cuando hace tiempo el zodiaco ha marcado los principios de otoño. Luz, luz primero que todo, sobre los colores de Grecia, el blanco y el azul, que destellan en los aviones de la Olympic Airways; una luz parpadeante que se repite en interminables reflejos sin fatiga y que viene a confirmar mis sospechas de que es la mejor época para visitar esta esquina de Europa. Son las tres de la tarde y el aire se mueve suavemente con una tibia marea. En la aduana hay empleados amables y solícitos; hablan inglés corrientemente y obedecen a una organización que parece muy eficaz.

El chofer que me trae del aeropuerto dice que hasta después de las cuatro no habrá ningún movimiento. Las oficinas, los negocios, los almacenes de Atenas están cerrados. La ciudad duerme y hasta en el aire mismo se adivina su cansado silencio. Avanzamos a cierta velocidad y empiezo a preguntarme por las impresiones que me causa este encuentro. Edificios modernos, calles bien pavimentadas, limpieza, nada especial bajo la luz maravillosa. Rostros que poco difieren de los nuestros: pelo oscuro, ojos oscuros, piel con relámpagos de bronce y ojos verdes a veces, bajo las cejas oscurísimas. Ahora me siento en plena adolescencia: me parece que frente a mí se estuvieran abriendo las páginas de un inmenso diccionario. Las letras de los avisos, los nombres que puedo descifrar sin entender claramente su sentido, fueron mi tortura en una época ya lejana, más en este instante, recuerdo con alegría al rígido profesor que escribe sobre el tablero las declinaciones o las formas verbales, y estoy repitiendo en mi cuaderno de tareas escolares, muy difícilmente, casi con el esfuerzo de aprender las primeras letras, estos mismos signos que ahora se me presentan como una lección alucinante y obscena; como si lo más secreto de la cultura, lo más escondido y precioso, se volcara desnudo a las calles para entregarse a la voracidad de nuestro siglo. Pero lo que en otro tiempo fue tortura y repetición, me forma un hermoso cuadro en el recuerdo, y mientras voy penetrando en la ciudad revivo imágenes e instantes que estaban sepultados en el olvido.

Son un poco más de las cuatro y estoy en la calle, sin tener otros signos de orientación que los que me ofrece un plano que me han regalado en la aduana a nombre del Banco de Grecia al hacer el cambio de dólares por dracmas. Mi calle se llama Mitropoleos Othonos, y no sé si estoy lejos o cerca del centro de la ciudad. Desde el jet la he visto in-

mensa, con sus innumerables techos blancos y con su acrópolis, la Acrópolis, glorificada por el Partenón como una corona de piedra refulgente. Ha sido una visión súbita, inolvidable, esperada sin embargo. Ahora sé que habrá de quedarse en mi memoria con indeleble persistencia: la ciudad blanca, el mar centelleante y el montículo poderoso dominando la visión. Miro el mapa, leo el nombre de la calle, marchó sin una meta especial y mi instinto de peregrino me lleva a una plaza de grandes proporciones en la que hormiguean los turistas con sus trajes claros y las inevitables cámaras fotográficas.

Para mí la llegada a una ciudad por primera vez es algo así como abordar a una mujer. Hay una sensación muy parecida en ese instante de timidez y de miedo que precede a la cercanía del deseo: es un momento en el que se me olvidan todos los idiomas y en el que no me puedo acordar de lo que he hecho en otras partes con parecidas circunstancias; es una turbación incontrolable que me lleva de un lado a otro lleno de ansiedad, de soledad, de angustia. Sé que voy a encontrarme con alguien: que en alguna forma voy a tener amigos, experiencias; que voy a recibir lecciones que quizás van a transformar fundamentalmente mis hábitos mentales, o el enfoque que suelo hacer sobre las cosas. Todo esto bulle dentro de mí inconscientemente y me produce tormento, porque me acosa el miedo de no encontrar el camino hacia aquellas amistades o hacia las experiencias que me estaban destinadas. ¿Cómo? ¿Dónde? ¿De qué manera voy a lograr que esta determinación se cumpla? En el momento en que escribo ya conozco a mucha gente: a Pendelis, a Xifludas, a Elaine, a Cristidis, a Cayetano, a Mynas, a Anny, a Dictaeos, a Kirios Yorgos que es el gerente del hotel Pan donde resido, y he visto innumerables personas con las que he cambiado unas palabras o he tomado una bebida. Pero en este primer instante de la llegada nada sabía de ellos, no podía imaginarlos, se encontraban en la eternidad sin que supiera que me estaban esperando.

Lo único que puedo hacer es caminar y acercarme a las cosas y a las gentes para tratar de reconocerlas. Miro lo que hacen, la forma como se comportan con los criados, las sonrisas que intercambian, los periódicos que leen, y escucho en lenguas familiares las órdenes que dan en las cafeterías al aire libre. Tengo envidia de sus movimientos y experimento una sorda rabia de no estar de una vez entre ellos. Sé muy bien que las listas están en inglés o en francés y que no presentará ninguna complicación al hacer un pedido; sin embargo, me pregunto si podré beber un café o tomar un helado. Entiendo que todo lo que me inquieta es tonto, y que está claro que en todas partes se pide más o menos lo mismo, y que nadie se extrañará si tomo asiento como cualquiera de las personas que están en la plaza. Pero no me atrevo: es cosa de mi timidez inevitable en estos casos. La imaginación empieza a magnificar las cosas y me siento decididamente ridículo ordenando una taza de café. Quizás el criado me va a mirar con los ojos burlones o con un gesto irónico. ¿Café? ¿Usted ha venido a Atenas para tomar una taza de café, bajo este cielo, con este sol esplendoroso? Y yo me voy a sentir a miles de kilómetros bajo tierra, porque no sé cuál es la bebida misteriosa y sagrada que debo pedir para no desatar las iras de los dioses. No. Es mejor esperar y observar un poco más, y estar seguro de que podré hacer mi bárbara petición sin pe-

ligro. Me paseo y miro en los expendios de tabaco los periódicos griegos y las revistas de toda Europa. El tiempo pasa muy lentamente y al fin me decido, movido por una orden muy enérgica de la voluntad. El criado me saluda con unas palabras que voy a seguir oyendo por todas partes: *oriste para kaló*, que quiere decir más o menos: su orden por favor. Lo miro y me sorprendo de que me hayan tomado por un griego. El hecho aumenta mi turbación porque lo había oído hablando inglés en la mesa siguiente. Intento dominarme, y con un esfuerzo poderoso que me da un poco de seguridad, trato de imitar el acento británico para ordenar una taza de café. Y me comprende con una sonrisa maravillosa sin que sobrevenga la catástrofe.

Y esta sonrisa amable es el lazo que va a servirme de unión con Grecia. Voy a ver esta sonrisa por doquier, repetida con una generosidad desbordante que me llena de entusiasmo. Una sonrisa, que con todo su luminoso torrente guarda un secreto inconfundible que no alcanzo a descifrar, como si detrás de aquellos ojos resplandecientes y aquella boca entreabierta, estuviera revelándose una liturgia muy oscura que me maravilla con su misterioso lenguaje. Cuando veo sonreír a un amigo, a un criado, a un chofer de taxi, pienso que voy a comprender y que finalmente estoy penetrando en el profundo significado de ese mensaje que viene de atrás, desde tantos milenios, pero el misterio sigue intacto, cada vez más reservado y sorprendente, como si fuera el signo y el único camino para entrar en el alma helénica.

Ahora que he disfrutado del café me siento mucho mejor. Comprendo que se puede pedir todo, desde un helado hasta un trago de *uso*, un aguardiente de anís, muy eficaz y agradable, que se toma con un poco de hielo. Los turistas se mueven dentro de la cansada luz de la tarde otoñal: alemanes, ingleses, americanos, suecos, franceses, vistiendo trajes inverosímiles. De repente, surge Felicity, la vendedora de periódicos anunciando el "Athens News".

Felicity es muy linda y parece casi una niña, tiene un largo pelo dorado que recoge en la parte posterior de la cabeza con un nudo hecho por Picasso; sus ojos son azules y la piel blanquísima como su sonrisa. Con el suéter negro que le llega hasta la garganta y unos pantalones de dril negro, revela una figura grácil de líneas muy suaves e incitantes, pero los pies están extremadamente sucios y las sandalias rotas. Va de mesa en mesa ofreciendo su periódico con una espontaneidad tan alegre que parece contagiar todo el café. Le compro un ejemplar y ella sonríe cuando le entrego los tres dracmas de su valor, casi con una sonrisa griega. Mueve los brazos como si estuviera en su clima, como si fuera una criatura de esta luz, e imagino que no se cambia por nadie cuando ofrece su mercadería. Se acerca a una mesa en donde están tres muchachos barbudos y desmelenados, comparte con uno de ellos un cigarrillo que aspira con todos sus pulmones, y continúa su marcha. Su alegría se ha metido en mi corazón.

La volví a ver por algunos días haciendo el mismo recorrido con sus noticias, hasta que un día me cansé de esperarla. Después supe que la embajada británica la había hecho salir del país "por no tener medios

de subsistencia", o quizás, más bien porque esta libertad y esta pobreza resultaron un tanto impertinentes para los turistas del Norte. Felicity vino a Grecia por quince días y yo llevaba cuatro meses. Había encontrado que este aire se podía respirar mejor, que la luz hacía juego con sus cabellos y que el mar no era gris, sino apenas una continuación de sus ojos. Pero ya ha aprendido que no se puede escoger la propia patria. Me cuentan que lloró toda una noche despidiéndose de sus amigos de Plaka, el barrio antiguo de la ciudad, donde viven bohemios de todo el mundo y los estudiantes extranjeros. Con todo, yo no puedo creer que los ingleses se salgan con la suya: Felicity volverá; es una ateniense por el derecho que le ha dado este sol sin el cual no podrá vivir.

Me siento solo. Hace cuatro días que no hablo fuera de las palabras que se utilizan en los restaurantes y en los hoteles; fuera de las pocas frases cruzadas con el chofer griego que me trajo del aeropuerto. Tres días en Roma y uno en Atenas. No es posible observar una regla de más estricto silencio si no es un claustro de trapenses. La angustia se desata cuando siento que la turbulencia en torno mío acrecienta esa sensación dolorosa de no tener a quien dirigirle la palabra. Pero hay algo saludable en esta disciplina que a veces nos impone la vida.

Es necesario sentir el silencio, escucharlo. Es como una oleada que viene desde lo más hondo del corazón y que no es la sola ausencia del sonido sino un tumulto que se detiene en la boca, y que está formado de todos los pensamientos y de todos los recuerdos, de cuanto hemos hecho y de lo que no hemos hecho; de nuestras ambiciones, de nuestros fracasos, de nuestra esperanza. Allí en el rostro, en la soledad, en los ojos, ese deseo de hablar, de decir, de comunicar cosas pequeñas, sucesos insignificantes. Especialmente cuando vemos a nuestro lado las parejas enamoradas, las familias, los grupos de amigos: cuando las risas estallan y centellean en el cielo, cuando la palabra nos circunda, oceánica.

Hace calor, transpiro copiosamente y escucho hablar griego en una mesa cercana. En un principio, cuando no distinguía claramente las palabras creí que era español; siempre voy a tener una sensación semejante al escucharlo. El griego borroso, en la lejanía, suena como mi idioma en un tono muy dulce, un tono como de montaña en el Ande. Después de haberlo oído durante varios días y de haber aprendido alguna de sus palabras corrientes, me parece un idioma embrujador, sobre todo en sus canciones tristes, acompañadas del *busukia*, el instrumento de cuerdas turco, que fue una de las pocas cosas dejadas por la terrible ocupación. Sí, sobre todo en sus canciones tristes.

Felicity ha vendido todos sus periódicos y ha ganado los pocos dracmas que requiere su diaria subsistencia. Vuelve a la mesa de sus amigos y parece tan feliz que tengo envidia de toda su alegría. Habla, discute, mueve los brazos con vehemencia, con una vida calurosa y exaltada, convencida de cada una de sus palabras. Pienso que entre tantos turistas, entre tantas gentes del mundo con los bolsillos repletos de dólares o de libras esterlinas, no hay nadie tan seguro de sí mismo, tan sumergido en esta realidad portentosa del vivir, que la linda inglesita cuyos ojos radiantes se quedaron en la plaza Síntagma de Atenas.